

Jueves después de Pentecostés Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote



23 de mayo de 2024

Hb 10,12-23

Sal 39

Lc 22, 14-20

P. Eduardo Suanzes, msps

En la primera lectura de la carta a los Hebreos, el autor, queriendo demostrar cómo Jesús es el Sumo y Eterno Sacerdote toma la imagen del AT del sumo sacerdote, el cual entraba en el *sancta sanctorum* (donde se encontraba el Arca, signo de la presencia de Yahwéh) una vez año, llevando consigo la sangre de los animales para pedir la purificación del pueblo. Había en el interior de la tienda dos espacios: uno, el lugar santo, donde entraban todos los días para ofrecer el culto y, dentro de él otro lugar, el santísimo, donde solo se entraba una vez al año. Los dos espacios estaban separados por un velo. Bueno, pues Jesús entró en el espacio íntimo una vez para siempre y además, no llevó más sangre que la suya: él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Pero lo interesante del relato (no lo dice el autor) es que con la muerte de Jesús (nos lo relató Mateo) ese velo se rasgó de arriba a abajo dejando al descubierto el lugar santísimo y unificando los dos espacios en uno: el divino y el humano. Este velo, nos dice el autor, es el símbolo del cuerpo de Cristo, que se parte por la mitad para que el hombre, con Él, entre en el lugar más santo. Cuando el sacerdote entra en el lugar y veía el velo, le recordaba que Dios es un Dios restringido y excluyente, totalmente transcendente e imposible de acercarse a Él. Pero el velo se rompe con Jesús en la cruz. Ahora, al entrar el Sumo Sacerdote en la tienda, es decir, a la muerte de Jesús, se destruyó la separación que existía entre Dios y el hombre. El hombre entra en Dios directamente con Jesús y Dios entra en el hombre.

Dios dejó de ser el innumerable, el intocable, el absolutamente transcendente, el imposible, para hacerse tocable, cercano. A partir de entonces, lo humano es divino y lo divino humano. Y a este lugar santísimo accedemos realmente siempre que se actualiza el momento del calvario: la eucaristía.

En la eucaristía sucede algo impresionante, una auténtica locura: somos contemporáneos con Cristo, estamos realmente, aunque místicamente, en el momento del Calvario y en la Resurrección: justamente cuando se rasga el velo y entramos con Jesús en contacto directo con el Padre. Esto significa «*en memoria mía*». Cuando Jesús dice, como hemos escuchado en el Evangelio: «*Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía*» e hizo lo mismo con la copa de vino diciendo que la copa «*es la nueva alianza, sellada con mi sangre que se derrama por ustedes*» nos está invitando a que saltemos al misterio.

«*Yo soy el pan de vida...*» El, que come su carne y bebe su sangre tendrá vida en él. El que no come su carne y no bebe su sangre no tendrá vida en él. Sus palabras son claras: no se puede tener vida más que por la comunión en Jesucristo.

La comunión tiene un efecto de transformación, de unión. Pero no es la eucaristía la que se transforma en el que comulga. Sucede al revés: es el que comulga el que entra en Jesucristo. Esta es la unidad que persigue Jesús. «*Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El sarmiento separado de la vid no es más que un sarmiento. Sin mí, no podéis hacer nada*». Toda nuestra vida sobrenatural está ligada a nuestra unión con Cristo. Y esta vida de unión con Él consiste en participar de todo lo que es Él, siendo, cada cristiano, por tanto, en Él, sacerdote y víctima.

En la Eucaristía cada uno de nosotros es oferente y ofrenda al mismo tiempo, porque todo miembro de la Iglesia, por el bautismo, es simultáneamente sacerdote y víctima. Porque ese Jesús al que nos unimos, es también al mismo tiempo, de forma inconfundible e indivisible, sacerdote y víctima: Él es el que ofrece y el que se ofrece por toda la humanidad. Y nosotros ofrecemos a Jesús al Padre y nos ofrecemos en unión con Él. La ofrenda del cuerpo de Cristo debe ir acompañada de la ofrenda del propio cuerpo.

Por lo tanto, hay dos cuerpos de Cristo en el altar: ***está el cuerpo real*** (el cuerpo “nacido de María Virgen”, resucitado y ascendido al cielo) y está ***el cuerpo místico*** que es la Iglesia, el cuerpo de ustedes y mi cuerpo. No hay ninguna confusión entre estas dos presencias que son bien distintas, pero tampoco hay división alguna¹.

Y puesto que hay dos “ofrendas” y dos “dones” en el altar –el que se debe transformar en el cuerpo y la sangre de Cristo (el pan y el vino) y el que se debe transformar en el cuerpo místico de Cristo- , ***hay también dos “epiclesis”*** en la misa, es decir, hay dos invocaciones del Espíritu Santo. En la primera se dice: «Por eso, Señor, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti, de manera que sean cuerpo y sangre de Jesucristo»; en la segunda, que se recita después de la consagración, se dice: «Y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu. Que él (el Espíritu) nos transforme en ofrenda permanente»². La santidad del cristiano debe realizarse según la eucaristía; debe ser una santidad eucarística. El cristiano no puede limitarse a celebrar la eucaristía, debe ser eucaristía con Jesús, porque es sacerdote y víctima en Él.

Por eso, en su oración sacerdotal antes de la pasión, Cristo no hace sino una súplica por sus apóstoles y para los que crean en su palabra: Que sean uno con él, como él y el Padre son uno, para que puedan ver su gloria. Cristo lo exige como precio de su sacrificio. Tal unidad es el fin de la encarnación y de la redención: que el velo del templo se rasgara y que Dios y el hombre puedan ser uno en Jesús³.

No les faltaba razón a sus parientes, cuando querían llevárselo para su pueblo. Lo que Jesús decía era una auténtica locura.

¹ Cfr. RAINIERO CANTALAMESSA, *La Eucaristía nuestra santificación*. Ed. C.B. Comercial Editora De Publicaciones. Valencia 1997

² Plegaria Eucarística III

³ Cfr. EUGENIO MARÍA DEL NIÑO JESÚS. *Quiero ver a Dios*, p.48. Ed. Espiritualidad. Madrid 2002